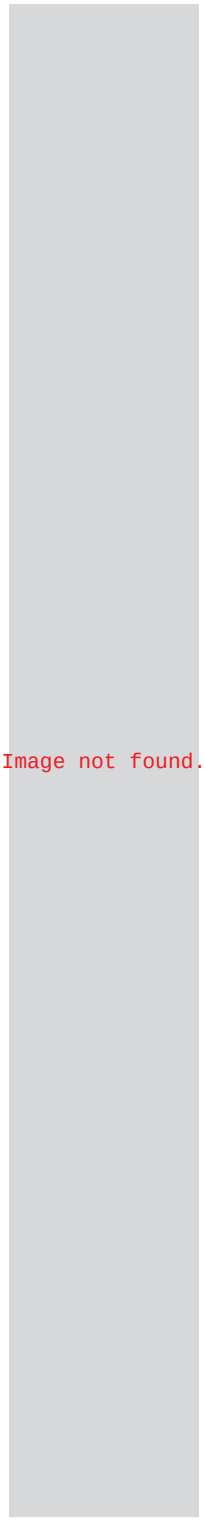
La Belleza de lo Cotidiano

Naya H. Donate



Capítulo 1

AMAR Y ODIAR

Es curioso ver hablar a las personas. Ver sus expresiones.

Ellos fruncen el ceño. Se alegran. Curvan la comisura de su boca en una sonrisa.

Me gusta caminar entre los turistas que pueblan de forma efímera las ciudades. Me pasa igual que cuando me quedo mirando a las personas.

Los extranjeros tienen algo que embelesan. Puede que sea por sus diversos y variopintos rasgos faciales: ojos rasgados, labios carnosos, piel púlcra y suave, cabello oscuro y rizado...

Algunas de estas personas tienen un gusto peculiar a la hora de combinar su vestimenta. Me encanta la inmensa fascinación que reflejan sus rostros cuando admiran la cultura que les rodea mientras caminan por los adoquines de Toledo con una cámara réflex colgada al cuello.

Me gusta transitar siempre un mismo camino. Nunca dejo de asombrarme por la cantidad de cosas nuevas que descubro mirando más de cerca. Nimiedades, sí, pero con un enorme talento para pasar desapercibidas.

Me gusta escuchar música para perderme en ella y las pestañas, tanto de hombres como de mujeres, que parecen abanicos españoles.

En cambio, odio todo lo referente al nerviosismo, las discusiones acaloradas (a pesar de que siembre me quedo mirando), el picor de mi nariz cuando hablo de cosas importantes. Odio el temblor de mis manos cuando apenas puedo controlar mis emociones y las lágrimas cuando emanan de mis ojos, a pesar de que me muerdo la lengua para evitar derramarlas.

Me gusta estar con mi abuela materna. Ayudarla con sus textos (porque sí, al igual que yo, ella también escribe y se esfuerza cada día en tener una mejor letra y menos faltas de ortografía). Me gusta escuchar todo lo que tenga que decirme. Los recuerdos que atesora mi abuelo y las tímidas sonrisas de mi abuela cada vez que mi abuelo me cuenta algo sobre ellos dos cuando eran jóvenes y estaban enamorados.

En esa época yo no estaba para presenciarlo, pero por su forma de relatarlo y de expresar situaciones que para él fueron la mar de importantes, mi abuelo amaba a mi abuela con locura, y parece ser que

con el paso de los años, ese sentimiento se ha incrementado (a pesar de que mi abuelo es demasiado serio y sus expresiones están grabadas a granito).

Odio la sensación que me provoca pensar en morder una tela cualquiera. Odio los escalofríos que me provocan y odio que se juzgue a las personas basándose en su apariencia exterior.

¿Qué más dan unos cuantos tatuajes? Para mí es un brillante medio de expresión. El cuerpo, digo. El arte es un estado de ánimo que todo lo invade y todo lo necesita. Porque sin arte, las personas no seríamos nada.

Blanco y negro, y no todo se reduce a eso.

Esta soy yo abriendo mi corazón para que tú puedas conocerme.

Con cariño, Rita Jones.

Capítulo 2

UN CUENTO DE RITA JONES

Su cuerpo recubierto de nieve apenas dejaba entrever el color de su piel hilada. Descolorida y sin vida.

Sin dueño y olvidado bajo un árbol partido.

A su lado, las huellas apresuradas de personas desesperadas.

El tiempo dejó que con el paso de las manecillas del reloj su cuerpo se desgastara. Sin corazón que bombease su pecho.

Su alegre melodía olvidada con él bajo los escombros.

Primero cenizas y después el hilo. El botón cayó en un ruido sordo. Con la mirada perdida, una mano apretó su pecho desnudo.

En las postrimerías de 1945.

—Te quiero —dijo el oso de peluche con voz quebrada a su nuevo dueño —. Llévame a casa.

Capítulo 3

—Rita, por favor, defíneme la palabra *belleza.*

La niña mira a través de la ventana. Su madre se pasa una mano por el cabello.

No sabe como hacerla hablar. Se frota las manos con ímpetu. Hace frío a pesar de que está dentro de casa, al lado de la estufa.

—¡Mírame!

Rita no mueve ni un músculo. Es como si nunca la hubiera oído.

—Rita...

Los labios de la niña se curvan en un gesto ambiguo.

—No es tan difícil —insiste la madre poniéndose de cuclillas a su lado —. Te lo tienen que haber enseñado en la escuela. Dime, ¿Qué es algo bonito?

Rita gira la cabeza para mirar a su madre, pero no dice nada. Solo la observa, reflexionando en su pregunta.

¿Qué es la belleza?

—Algo efímero —responde finalmente.

La madre arquea sus perfectas y perfiladas cejas.

—¿Dónde te han enseñado esa palabra?

—Es algo que tu siempre dices, mami. Efímero — Rita sonríe tímidamente —. Lo entiendo.

—Vale, eres consciente de que la belleza es efímera. Pónme un ejemplo.

Los rizos rubios de Rita se estiran y se encogen con rapidez cuando mueve el rostro y mira a través de la ventana. Deja presionado el dedo índice en el cristal, señalando el exterior.

—Eso.

—¿El qué, exactamente?

—La vida.

—Rita... estamos hablando de la belleza, no de la vida.

Los grandes y expresivos ojos de su hija comienzan a brillar. El azul de sus ojos se acentúan, creando magia para cualquiera que los mirase de cerca, como un hechizo que te trapa y te embelesa.

La niña gira el rostro, mostrando incredulidad. Al segundo siguiente, frunce el ceño de forma graciosa.

—¿No es lo mismo? La vida es belleza.

Elena no puede mediar palabra. Su hija la ha dejado muda.

—¿Ves los copos de nieve, mamá? —dice Rita de repente, volviendo a centrar su atención en lo que ocurre al otro lado de la ventana.

La susodicha asiente, esperando a que continúe hablando.

—Son los soldados que caen del cielo y destruyen la vida que tanto ha costado que crezca bajo la tierra. Congelan el jardín. Matan a las plantas. El frío acampa a sus anchas en el invierno, pero sus súbditos no se quedan de manos cruzadas: hacen un golpe de estado, derrivando, gracias al sol, su presencia cuando se acerca la primavera. Los copos se derriten y se extinguen con el paso del tiempo.

—...¿Golpe de Estado? — balbucea Elena sin poder creerlo.

Rita continúa.

—El ciclo se repite cada año. La belleza viene y va. Es vida, pero también lo es la muerte, su enemigo natural —Rita suelta una sonora carcajada infantil al ver la incredulidad de su madre —. Me gusta caminar por la nieve. Moldearla en mis manos y sentir el frío cuando ésta se descongela y cala en mis guantes de algodón. Eso también es belleza, ¿No?

Su madre mira hacia la puerta del dormitorio donde se acaba de posar su marido. Hace un gesto hacia su hija y le masculla:

—¿Le has enseñado tú todos esos términos?

Javier se encoge de hombros. La sonrisita que cuelga de sus labios le delata.

De repente, la niña apoya ambas manos en el cristal de la ventana. Da

saltitos, emocionada.

Una vez más, sus bucles parecen muelles por cómo se estiran.

—¡Es él! ¡Es Gabi!

La niña se escurre de entre los brazos de su madre con gran facilidad y va corriendo a por su abrigo y sus guantes rosas de *Barbie.*

Cuando su madre es consciente de que su hija ha desaparecido de entre sus brazos como un fantasma, no puede evitar gritar su nombre.

La niña pasa por el lado de su padre como un fantasma y corre hacia la puerta principal de la casa para salir al exterior.

—¡Rita! ¡Te quiero en casa en una hora!

Su marido se rie a carcajada limpia. Seguramente de ella y la expresión de su cara. Elena le pega con la mano en el brazo.

—¿Cómo puedes enseñarle todas esas cosas? — le recrimina claramente enfadada —. Aunque seas profesor de historia, no te da derecho a explicarle lo que es un Golpe de Estado a tan temprana edad. ¡Por dios! —Elena se lleva las manos a la cara para masajearla — Tiene solo cinco años...

Javier sigue sonriendo, divertido por la situación. Su mujer le propina otro golpe, esta vez más suave en el hombro. Él le agarra de la cintura, sorprendiéndola, y la atrae hacia él. Con la mano que le queda libre, coloca un mechón cobrizo tras la oreja de Elena.

—Yo no le he enseñado nada a Rita. Ha sido ella sola.

Su mujer le lanza una mirada que parece ponerlo en entredicho. Javier la abraza con fuerza.

—Antes, cuando estabas haciendo la compra, me ha llamado el decano de la universidad. Quiere que de una conferencia sobre los acontecimientos del siglo XX. Le enumeré todo lo que iba a desarrollar en el discurso. Parece ser que me ha escuchado.

—¿Incluido lo del Golpe de Estado?

Javier asiente. Mira por la ventana donde minutos antes miraba su hija con tanto interés. Ahí estaba ella ahora, jugando con el hijo del vecino a tirarse bolas de nieve a la cabeza.

Rita había sido más avispada y había contruido en tiempo récord un frente mientras que el otro niño estaba a campo descubierto. Mientras que el niño recibía todas las bolas que lanzaba Rita, ella se salvaguardaba tras la trinchera.

No le rozaba ni una bola.

Javier pensó que su hija era demasiado lista.

—Algún día, Rita llegará muy lejos — dijo.

Sintió a su mujer sonreír en su pecho.

—¡Por supuesto que si!, ¿Acaso lo dudabas?

Su marido niega con la cabeza.

—Así que...belleza, ¿Eh? La próxima vez, preguntale algo más difícil.

—¿Cómo cuál es el hueso más pequeño que tenemos en el cuerpo?

Javier se rie entre dientes.

—¿Y te crees que no lo va a saber? — pregunta.

— Oh, ¡Claro que sí! Si se lo enseñas tú, claro que lo sabrá cuando le pregunte.

—Te repito que yo no le he enseñado nada...Todavía.

Elena deja ir un suspiro. Los misterios de su marido...

Capítulo 4

Rita coge un rizo y lo hace girar, enredándolo en su dedo índice. Su mirada está perdida, mirando algo más allá de lo que la ventana puede mostrar.

Nieve. La calle es un manto de oso polar. Los tejados de las casas están ilumanados con cientos de luces rojas, blancas y verdes. Se alternan. Brillan en medio de la oscuridad.

Un papá noel sube y baja por todos lados: por unas escaleras, sujeto a un balcón; en los tejados, subido a un trineo tirado por sus adorables renos del polo norte; al lado del árbol de navidad, en la entrada de las casas, dejando regalos de papel opaco.

Rita lo mira todo, pero a la vez, no mira nada. Su madre la observa desde el rellano de la puerta. Siente curiosidad. Está preocupada por su hija. ¿Qué madre no estaría preocupada por su hija adolescente?

Rita ha crecido mucho. Han pasado algunos años. Sus rasgos faciales se han perfilado. Ya no tiene las sonrosadas mejillas de cuando era una niña que se colgaba del cuello de su madre como si fuera un pequeño chimpancé.

Su figura también se ha estilizado. Se ve más delgada. Más definida.

Ahora tiene quince años.

Hace dos días que le dieron las vacaciones de navidad, pero ella, en vez de alegrarse y salir con sus amigos, se ha quedado encerrada en su habitación, pensando; abrazando a su viejo oso de peluche. Ese oso al que le falta un botón en el ojo. El que se cayó mientras esperaba a que la guerra terminase y que recibió como regalo de su abuelo paterno, quien sobrevivió a la barbarie.

Elena se cruza de brazos.

—¿Qué será lo que está pasando por su cabeza? ¿Y en qué estará pensando?

Capítulo 5

¿Es que acaso no has sido joven? ¿Cómo no puedes darte cuenta?

¡Mirala de nuevo!

Piensa por un momento: ¿Por qué ya no ves a tu hija con Gabi? ¿Recuerdas la cara de ese niño? ¿Su mirada sobre tu hija? ¿Es que acaso no te has enterado aún? ¿Tan tremendamente ciega estás?

¡Deja que siga mirando por la ventana!

Su corazón está librando una ardua batalla mientras una tormenta asola todo lo que ella conocía hasta el momento. Todos sus ideales y pensamientos están siendo cuestionados por su conciencia.

¿Puedes escuchar cómo lloran los latidos de su corazón? ¿Su sufrimiento?

Ella está intentando ser fuerte. Está intentando resolver el puzzle por sí misma, pero parece que le falta una pieza.

No la ayudes. No te acerques. No le digas nada.

Rita acabará eligiendo su mejor opción.

No interfieras. Ni se te ocurra hacerla descarriar.

Haz tu labor de madre.

Escúchala cuando quiera hablar. Dale tus consejos en el momento que más lo necesite.

Tu también has sido adolescente, ¿Recuerdas?

Capítulo 6

Rita se observa en el espejo con ojos legañosos antes de abrir la puerta del armario. El reflejo rayado del sol traspasa la persiana, iluminando su habitación y parte del almohadón gris ceniza.

Lo primero que percibe al abrir bruscamente la puerta del armario es un ligero olor a jabón y a limpio.

Pasa su mirada sobre la infinidad de perchas. Destacan de forma notable las tonalidades rosas sobre los demás colores. Camisetas, pañuelos, chaquetas... todo lleva rosa, aunque sea en los más pequeños y diminutos detalles.

Más al fondo, debajo de una inmensa montaña de ropa arrugada, de esas que tienen una segunda puesta, y alguna que otra mancha difícil de eliminar, se encuentran escondidas dos cajas: una de metal y otra de polipiel antiguo.

La caja de metal, la cual desprende un olor metálico parecido al sabor de la sangre, tiene grabada una frase que pretende ser inspiradora, pero que en verdad no lo es tanto. Por lo menos, no para Rita.

Era de un escritor a quien no le tenía mucho aprecio. Se sorprendió cuando su madre le regaló aquella caja, adornada con dibujos de flores y finas filigranas plateadas que centelleaban cuando una luz se reflejaba en su superficie.

¿Se la habría regalado con un vicio oculto, para que ordenase aquel terrible desorden? Rita sabía de la manía de su madre por mantenerlo todo impecable, pero ¿Por qué Elena no podía asimilar que ella era así? ¿Que su armario era un simple reflejo de lo que era ella realmente?

Rita se sacudió la cabeza, como queriendo despejar el último pensamiento que había cruzado fugaz por su mente, y volvió a concentrarse.

Pensó que en aquel armario se encontraban recuerdos dormidos; ropa que hace años se compró y que todavía seguía intacta porque no encontraba el momento perfecto para lucirla, o ropa que había usado todos los días y que tenían innumerables lavados. Ambas, tanto la ropa elegante como la cómoda y extremadamente usada tenían evidencias explícitas del paso del tiempo sobre ellas, sobre todo en los puños y en cuello de las camisas y camisetas; en los pantalones elásticos que pretendían imitar a unos vaqueros reales: bolitas y pelusas que se aferraban a la tela como si su propia existencia dependiera de ello.

Luego estaba la otra caja de polipiel de color rojo borgoña. Un simple cierre de metal separaba la vida pasada con la actual.

El pasado con el presente.

A diferencia de la caja de metal, aquella caja, anciana de años y que había heredado de algún familiar suyo, transfería un olor amaderado, muy parecido al almizcle, que la hacía viajar en el tiempo. Había interiorizado aquel perfume tan profundamente dentro de sí que cada vez olía ese olor característico la transportaba al yo suyo que vivía en sus recuerdos, el que degustaba de una vida plena, de sabor agridulce.

No quiso abrir la caja. Le temblaban las manos de sólo pensarlo.

Lo que hizo a continuación fue elegir sin prisa las prendas con las que desfilaría aquel día de frío invernal: guantes rosas, vestido algodonoso color marfil y brillantes zapatos de charol. Colgado en el perchero de la puerta, su abrigo de plumas verde enebro.

Aquella mañana, ella se sentía como si estuviera encima de una nube de algodón, ¿Pero a que no adivinas de qué color?

Capítulo 7

En un principio, ella nació como parte de un gran proyecto.

Ella, en un principio, no era más que unas cuantas palabras desdibujadas en la pantalla de un ordenador con brillo bajo.

Ella era una doble voz en mi cabeza; en mi vida, en general. Una brisa de verano que te acaricia el rostro y no dura más de un segundo.

Ella aparece y desaparece en intervalos indeterminados de tiempo.

Ella es el mundo aparte donde puedo refugiarme. Puedo recurrir a ella siempre que mis dedos piquen por escribir sobre ella y narrar acciones que se antojan aburridas y monótonas sobre una realidad cercana a mi existencia.

No. No es mi vida. No soy Dios jugando a ser su creadora. Ella no es una muñeca con hilos sujetando sus extremidades. Sería cruel pensar en eso.

Ella es vida. Con cada palabra, ella se va desarrollando; se va haciendo más real, aunque no pueda verla.

¿Qué es lo que piensas?¿Que soy yo, la que está al otro lado de la pantalla quien juega con su vida?

Aquí otra pregunta: ¿Y por qué no iba a querer hacerlo?

Sé que me contradigo, pero muchas veces mis palabras no tienen sentido. No busques un significado oculto tras ellas.

Las palabras que son delirios de un escritor son difíciles de comprender.

¿No acabo de decir que no considero a Rita una muñeca de trapo?,¿Por qué te contradices?,¿Por qué cambias de opinión tan drásticamente?

Te lo voy a explicar, y ahora sí, atiende a mis palabras: yo soy ella y ella soy yo. Somos la fusión de dos mentes que pretenden estar de acuerdo en algo: dar vida a algo que tenga sentido.

Ella puede aburrirse, divertirse, enamorarse, odiar, suplicar, sentirse realizada consigo misma... ¿Por qué no? ¿No es acaso un ser humano? Ella necesita tener los mismos derechos que yo misma tengo.

¿Que por qué desvarío tanto? Porque ya es hora de dormir y mi mente,

borracha de palabras, me pide que vomite lo que pienso de ella.

¿Rita estará bien con todo esto?

Capítulo 8

Es Navidad. Mi teléfono vibra en mi regazo.

Cuando presiono el botón de *home,* me quedo mirando los números emergentes que aparecen en la pantalla, y me quedo paralizada.

No me esperaba nada como aquello.

Aunque no le tengo grabado en la memoria de mi teléfono móvil, reconozco la combinación de números, aunque sea de forma vaga y hayan pasado apenas dieciocho meses.

«*Feliz Navidad*» me desea.

Trago saliva.

¿Qué se supone que debería hacer?

Él está *en línea*. Me siento como si me estuviese observando fijamente y me remuevo incómoda en el asiento.

Finalmente, opto por algo simple, pero efectivo:

«*Igualmente*»

A diferencia de él, decoro la palabra con el emoticono de un árbol navideño.

Él sigue en línea. No dice nada. Me le imagino impresionado y se me escapa una sonrisa.

¿Qué esperaba, de todas maneras?

Él se va antes que yo. La aplicación muestra la última vez que se conectó: hace menos de un minuto. Las cosas se quedan en una triste felicitación cortante, ya que no pienso seguirle el juego. Eso se acabó hace ya mucho.

Ahora soy otra persona. Estoy con alguien que pienso que me quiere, a pesar de que nunca me lo ha dicho verbalmente; pero sí que me lo ha mostrado su cuerpo: con sus gestos y alguna mirada furtiva que deja ver más de lo que él hubiese deseado.

Pienso que nunca va a decirmelo, pero estoy bien con ello. Su amor real.

Tierno. Pasional.

Miro la pantalla ceñuda. Debería borrar el mensaje y el número de su teléfono. Olvidarme de él para siempre. Al fin y al cabo, el sólo fue un espejismo que apareció y desapareció de mi vida en menos de sesenta días.

Me pregunto por qué seguirá conservando mi número de teléfono cuando yo ya le he enterrado en la cajita de polipiel borgoña en el fondo de mi armario; a él y a la púa que me regaló un día de prematuro verano, cuando el frío casi se había disipado al completo y podías sentarte en el mullido césped a oírle tocar la guitarra; ver cómo sus dedos se deslizaban por las cuerdas de la guitarra como si brotase magia de ellos.

Él es un sueño y mi pareja de ahora, mi realidad.

Él era adorable. Lo era en verdad, pero sólo hasta que quebró mi corazón de la peor manera posible.

Luego vino mi otro yo a juntarme los pedazos rotos. Vino sin que yo le hubiese buscado. Al menos, no intencionadamente.

Vino a salvarme de mí cuando estaba a punto de caer en un abismo. Y no, no es por el chico sueño, ¿Que clase de chica sensiblona e irrealista te cres que soy?

Era un abismo en el que me da miedo pensar, incluso ahora, cuando creo que estoy totalmente curada. No lo achaques a problemas del corazón, porque voy a coger una sartén y voy a dejarte tonto del golpe. Si, a tí, que estás leyendo esto. No me gusta ser violenta, pero es muy importante que no lo pienses.

¡Ah! Y al chico sueño ya le tengo totalmente olvidado. Su número sigue en mi cuenta del Whatsapp, pero hasta ahí. No voy a ir más lejos.

Él se merecía que hablase de él, porque ocupó un lugar importante dentro de mí, ayudando a construirme como persona y a comprender el porqué algunos comportamientos.

Dejarme fue la peor decisión que pudo haber tomado, ¿Pero sabes qué?

Mi chico. Mi chico real. Él es lo mejor que me podía haber pasado. Llegó en el momento justo, ni muy pronto ni muy tarde.

Sé que tienes curiosidad, así que vamos a dejar el pasado atrás, el que respecta al *chico de antes*: el guitarrista risueño con sonrisa de armónica.

Te voy a hablar de mi chico real, así que no pierdas detalle. Si a mí me enamoró, tú también caerás a sus pies.